

Josef Opatrný*

Cincuenta años de la Revolución Cubana

El 50 aniversario de la Revolución Cubana cumplió con la expectativa del público especializado y sirvió de impulso para la publicación de numerosos títulos sobre la problemática cubana de las últimas cinco décadas de la historia del país, así como para las reflexiones sobre el futuro del régimen que había despertado en 1959 tantas esperanzas, no solamente en la isla sino en toda América Latina. Decenas de renombrados historiadores, sociólogos, politólogos, economistas y otros especialistas en ciencias sociales buscan respuestas a una serie de diferentes cuestiones. Preguntan sobre todo si la Revolución alcanzó sus metas planteadas en el año de la victoria de los jóvenes, críticos con los males de la sociedad cubana a mediados del siglo, que no habían vacilado en tomar las armas y arriesgar sus vidas en la lucha contra el régimen de Fulgencio Batista. A pesar de que toda la discusión sobre los resultados de la Revolución está ideologizada extremadamente hasta el momento, y en las opiniones de numerosos autores es visible a primera vista su orientación política, la comparación del programa del Movimiento del 26 de Julio de Sierra Maestra con las declaraciones de los primeros meses del régimen de Fidel Castro y la realidad de 2009 ofrece una imagen triste de las esperanzas frustradas. Esta conclusión es válida no solamente en la esfera económica, tan importante en el concepto marxista de la historia y de la sociedad, sino también en la esfera social y de la moral de los individuos, que en su mayoría nacieron después de la Revolución y fueron educados, al menos en parte, por medio del sistema educativo experimental cuya tarea fue educar un hombre nuevo, según las exigencias de una de las autoridades supremas de la Revolución, Ernesto Che Guevara.¹

Castro y sus partidarios pueden presentar, sin la menor duda, una esfera sumamente exitosa: su política internacional. En los últimos cincuenta años, Cuba desempeñó en la escena internacional un papel más importante de lo que le correspondía según el número de sus habitantes, producción económica o el control de los recursos naturales. Ni su

* *Josef Opatrný es catedrático de estudios iberoamericanos en la Universidad Carolina de Praga. Director del anuario Ibero-Americana Pragense y coordinador del grupo de trabajo "El Caribe hispano y su historia" de AHILA. Sus campos de trabajo son la historia de América en los siglos XIX y XX y la problemática de las relaciones entre América Latina y Europa Central. Autor y editor de múltiples libros y artículos sobre la historia de diferentes países latinoamericanos. Correo electrónico: josef.opatrný@ff.cuni.cz.*

¹ Comp. el texto de Ernesto Che Guevara, "El socialismo y el hombre en Cuba", publicado originalmente en la revista uuguayaya *Marcha* en marzo de 1965 y más tarde en *Verde Olivo*. Reproducido en numerosas antologías, véase, p. ej., Ernesto Che Guevara: *El socialismo y el hombre nuevo*. Buenos Aires: Siglo XXI 1977, pp. 3-17.

posición estratégica en el período de la confrontación entre la Unión Soviética y los Estados Unidos explica la posición de Cuba en la escena política, no solamente del hemisferio occidental sino en el mundo entero. A finales de los años cincuenta y a principios de los sesenta, Cuba fue apreciada, al principio en América Latina y después también en otros continentes, por su intento de defender la cultura, economía y política en contra de la influencia cada vez más fuerte de los Estados Unidos que representaron para una parte de la sociedad en los países “amenazados” un peligro para la identidad, independencia y prosperidad. En el caso de la amenaza de la cultura, a través de la presencia creciente de música, películas y programas de televisión –por nombrar solamente las esferas más visibles– fueron sobre todo los intelectuales, incluso los más influyentes en diferentes países, los que expresaron sus preocupaciones de esta presencia siempre más palpable de los elementos de la cultura anglosajona, es decir, estadounidense, en la cultura hispánica, francesa, alemana, etc., y apreciaron el programa de la reducción de la influencia de los Estados Unidos en Cuba considerándolo como un ejemplo para otros gobiernos.

Subrayaron el hecho de que este programa lo formuló el gobierno de la nación que estaba atado con los Estados Unidos por medio de lazos extremadamente fuertes. Uno de los cubanólogos más renombrados de las últimas décadas, Louis Pérez Jr., expresó este hecho ya en el título de su libro sobre las relaciones entre los dos países, que llamó *Cuba and the United States. Ties of Singular Intimacy*.² Decenas de especialistas en la historia cubana dedicaron su atención especial precisamente a las relaciones cubano-estadounidenses, siguiendo las huellas de Herminio Portell Vilá³, cuya obra de cuatro tomos se considera como el trabajo clásico en este sentido. Asimismo, una gran mayoría de los libros dedicados al problema de la Revolución Cubana, ya escritos por un solo autor o por más especialistas, considera indispensable incluir en el texto capítulos sobre la política cubana de los Estados Unidos o la estadounidense del gobierno de Fidel Castro. El mejor ejemplo es “la Biblia de los estudios cubanos” de Irwing Lis Horowitz y Jaime Suchlicki, *The Cuban Communism, 1959-2003*, que apareció hasta el momento en once ediciones, introducida por dos capítulos sintomáticos: *One Hundred Years of Ambiguity: U.S. Relations in the 20th Century*, de Horowitz, y *Cuba: The United States and Batista, 1952-1958*, de Hugh Thomas. Este autor, cuya extensa obra es considerada como uno de los libros clásicos sobre la historia cubana, empieza su estudio con una comparación del resultado de la política de Washington en el caso de Batista con el fracaso estadounidense en China, a finales de los años cuarenta, y en Nicaragua, a finales de los setenta.

Thomas subraya un hecho olvidado u omitido con frecuencia, conscientemente o inconscientemente, por numerosos historiadores: la existencia de dos Batistas. Uno nacionalista que cumplió con exigencias de la sociedad cubana en los treinta. Después de la Depresión a principios de la década, la sociedad pidió reformas y Batista adaptó su política a estas exigencias. Hasta permitió la participación en la vida pública no solamente de los sindicatos sino también del Partido Comunista que tenía representantes en su gobierno (¡inclusive a Carlos Rafael Rodríguez, posterior miembro del gobierno de Cas-

² Louis A. Pérez Jr.: *Cuba and the United States. Ties of Singular Intimacy*. Athens y London: The University of Georgia Press 1990.

³ Herminio Portell Vilá: *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*. La Habana: Jesús Montero 1938-1941.

tro!). Durante la Segunda Guerra Mundial, aquel Batista participó efectivamente en las actividades de los Aliados contra el Eje y tuvo sus méritos en la elaboración de la Constitución de 1940. El otro Batista, el de los cincuenta, no cumplió con las esperanzas de la sociedad, no acabó con la corrupción y el gangsterismo político que dañó sustancialmente la democracia cubana. Este Batista no fue capaz de cumplir con la tarea indicada, no fue capaz de dirigir las operaciones efectivas contra la guerrilla de Castro, fue indeciso y probablemente no se dio cuenta del peligro. En esta situación, para el resultado de la guerrilla fue muy importante la relación entre los Estados Unidos y el régimen de Batista, influida por la exitosa propaganda del grupo de Castro. Thomas habla en este contexto sobre los jefes de la pequeña insurrección que se presentaron como maestros en las relaciones públicas tanto en Cuba como en los Estados Unidos (Hugh Thomas: *Cuba: the United States and Batista*, en: Horowitz, Suchlicki, 2003, p. 14). El gobierno estadounidense no tomaba en serio los acontecimientos en Cuba y para Batista un enemigo más peligroso que Castro fue, hasta los últimos meses, Herbert Mathews, del *New York Times* en Washington. La política de los Estados Unidos, en lo que se refería a Cuba, fue tan indecisa como la política de Batista con respecto a unos cientos de sublevados en la sierra. En este contexto, Thomas menciona el número de las víctimas de la lucha contra la dictadura indicado después de la victoria, como uno de los mitos de la guerra. Meditando sobre diferentes soluciones del problema –Thomas incluye entre ellas la directa intervención americana– el autor tomó en cuenta la presión económica estadounidense y el rechazo de comprar el azúcar cubano. En este caso llegó a la conclusión de que Batista había podido resolver la situación de la misma manera que Castro unos meses más tarde: ofrecer el azúcar a Moscú, que en aquel período estaba obligado a buscar gran cantidad de víveres en el mercado mundial.

Buscando la respuesta a la pregunta de por qué los Estados Unidos permitieron la formación del régimen comunista en Cuba, Thomas atribuye gran importancia a la convicción de Washington de que, en 1958, Castro no era comunista. A pesar de las declaraciones de Castro, admitieron sólo la posibilidad de que él había simpatizado con las ideas del marxismo ya durante sus años estudiantiles. Thomas comparte la opinión de Washington de 1958. Naturalmente, este problema, el nacimiento del régimen comunista, sigue atrayendo la atención no solamente de los especialistas. Tradicionalmente, una gran parte de los historiadores de la Revolución Cubana escribió sobre la transformación de la revolución radical y nacionalista en un régimen comunista bajo la presión de la política de los Estados Unidos, cuando Castro buscó la protección y un fuerte aliado en la primera potencia comunista de aquel tiempo. Sin embargo, en los últimos años algunos autores regresan al concepto, rechazado por Thomas, de que Castro era comunista ya en la sierra, o buscan el camino medio entre ambas opiniones.⁴

Para los intereses de los Estados Unidos en el Caribe, Thomas vio la solución favorable en seguir la política tradicional del imperio, enviar a la isla tropas capaces de garantizar la derrota de la sublevación y dejarlas en Cuba no solamente para vigilar las elecciones libres sino también durante el tiempo necesario después de la formación de un gobierno representativo.

⁴ Un análisis reciente de este problema puede verse, p. ej., en el estudio de Vaini Pettiná en Consuelo Naranjo Orovio (coord.): *Historia de Cuba*. Madrid: CSIC 2009, pp. 379 ss.

La intervención directa de las tropas estadounidenses en Cuba en 1958 no se realizó, el régimen de Batista cayó y en los meses siguientes se empeoraron las relaciones entre la Cuba de Castro y los Estados Unidos. Los pasos en este camino se mencionan o analizan en numerosos trabajos hasta principios de abril de 1961, cuando el apoyo, de nuevo indeciso, de Washington a la intervención de las tropas anticastristas en la costa de la isla abrió un nuevo capítulo de las relaciones, caracterizado por la enemistad profunda en ambas partes, que fue excepcional en el contexto internacional no sólo de la segunda mitad del siglo xx. Lars Schoultz describe estas relaciones en su reciente y voluminosa obra, apoyando su análisis en la investigación en archivos y aprovechando los testimonios de testigos de los procesos históricos. Cita las declaraciones de políticos cubanos y estadounidenses que desvelan la desconfianza de los primeros en la política del poderoso vecino norteño y la incapacidad de los segundos para comprender la relación de Cuba con los Estados Unidos según el concepto de La Habana. Las relaciones entre ambos Estados tienen, y esto empeora la situación, una dimensión interna. Para ambos gobiernos fue siempre más difícil reflexionar racionalmente sobre la situación y buscar la solución adecuada para no “perder la cara” después de las declaraciones fuertes y de los hechos que prácticamente significaron la guerra. De parte de los Estados Unidos, la preparación de la liquidación física de Castro, el apoyo a los grupos de exiliados cubanos que planearon y realizaron las invasiones y los atentados en el territorio cubano; por parte de Cuba, el apoyo directo militar y político de los movimientos enemistosos a Estados Unidos. Todo esto inspira una conclusión poco positiva para el futuro de las relaciones mutuas.

A diferencia de las opiniones de otros especialistas en la problemática cubana que esperaron cambios con casi cada nueva administración estadounidense o con las personas nuevas en el comité ejecutivo del Partido o en el gobierno en La Habana –sintomático fue sobre todo el caso de la administración de Obama o el reemplazo de Fidel por su hermano Raúl–, Schoultz mantiene una postura escéptica. Esperando el cambio de clima –cita en este contexto las palabras de Fidel Castro sobre la llegada de los días cuando puedan entablarse nuevas relaciones, pero no excluye, por otro lado, medio siglo más de enemistad.

El escepticismo de Schoultz no está basado solamente en el análisis de las relaciones de los últimos cincuenta años; el problema tiene una dimensión más amplia que consiste en la tendencia de los estadounidenses de presentarse como tutor del vecino pequeño, el maestro que introduce la democracia y el arte de cómo elegir a los buenos representantes del Estado, y penaliza a los alumnos malos. Esta convicción no la compartieron solamente las administraciones estadounidenses después de 1959 sino también las anteriores. Si la democracia no es, según Schoultz, el reemplazo de los malos dirigentes por los buenos sino un método de gobierno y un proceso infinito de discusión y de adaptación, el mejoramiento de las relaciones entre Cuba y los EE.UU. dependerá no solamente de los cambios en Cuba, sino también, y posiblemente sobre todo, de la capacidad de los estadounidenses de privarse de la convicción de que tienen el derecho, o hasta el deber, de conducirse como el garante de la democracia en Cuba.

Tomando en cuenta las conclusiones de Schoultz, quizá sorprenda que los críticos de la política exterior estadounidense no aprovecharon más la política cubana de Washington. La política de los Estados Unidos en Cuba demuestra, mejor que otros casos, los males históricos de la política de esta potencia americana, superpotencia americana, po-

tencia mundial y, por fin, superpotencia mundial. Operando en la escena americana o global sin concepto y sin conocer el contexto histórico de los acontecimientos locales y confiando quizá sólo en el poder militar, en el poder del dinero o en la fuerza de la presión económica y las amenazas de utilizarla, los Estados Unidos abandonaban, y abandonan, sin ningún escrúpulo a sus aliados, comprados, obligados a la alianza por el poder o, en casos excepcionales, a aliados ilusionados con el sistema político estadounidense, por los derechos y posibilidades que este sistema ofrece a sus ciudadanos. En Cuba abandonaron no sólo a Machado y a Batista, sino también a las capas que creían en la democracia clásica, y de esta manera ayudaron prácticamente con su política al régimen, señalado por Washington como sumamente enemistoso y peligroso para todo el hemisferio occidental.

El indudable éxito del régimen de Castro en la escena internacional no tiene, sin embargo, su paralelismo en la política interna. Los partidarios de la Revolución –sean los políticos o el público, sean los especialistas que, a pesar de subrayar los logros, reconocen en sus textos algunos fracasos, atribuyéndolos al bloqueo de Cuba por parte de Estados Unidos en el último medio siglo– destacan dos esferas donde, según sus afirmaciones, se encuentran los éxitos indudables: el sistema educativo y el sistema de la protección de la salud. Las notas recientes, sumamente críticas, de las autoridades oficiales cubanas sobre los problemas en estos dos ámbitos ponen en duda, sin embargo, este entusiasmo, y surge la pregunta de si el público especializado, al analizar el estado actual del sistema educativo y el de la protección de la salud, no llegará por fin a las mismas conclusiones que los especialistas en economía desde hace unas décadas.

La política económica del régimen castrista fue un fracaso desde el principio de la Revolución. Es posible decir que, a grandes rasgos, Castro siguió las huellas del derrocado régimen de Batista. Éste aceptó los consejos de los expertos estadounidenses y empezó exitosamente con la política de reducir la dependencia de Cuba de la producción del azúcar y de diversificar la economía. Durante los años cincuenta creció la importancia de la industria turística, La Habana representó el centro turístico más importante de El Caribe, la participación del turismo en el ingreso del Estado aumentó sustancialmente y, antes de la caída del régimen, superó los ingresos de la industria tradicional de la isla, la del tabaco. La construcción de los hoteles modernos en La Habana y de los campings de tipo estadounidense en las cercanías de la capital siguió hasta comienzos de 1959, cambiando de esta manera el panorama de la ciudad y la imagen de la costa en diferentes partes de la isla. Sin embargo, la industria turística fue orientada plenamente hacia la clientela estadounidense, y además esta industria traía problemas que aparecen siempre, no solamente en Cuba, como consecuencia del desarrollo del turismo masivo.

En los centros turísticos crecieron no sólo los hoteles sino también los prostíbulos y antes del fin de los años cincuenta, La Habana era conocida como el prostíbulo de América. Según diferentes estimaciones y estadísticas incompletas, en la segunda mitad de los años cincuenta, más o menos 70.000 mujeres cubanas, sobre todo jóvenes, vivían parcial o plenamente de la prostitución. Una parte de ellas procedía del campo, y la prostitución en La Habana o Guantánamo representaba para ellas una de las pocas posibilidades de “empleo”. Este hecho no quedó fuera de la crítica por parte del régimen castrista y la gran campaña contra la prostitución estuvo acompañada por las dudas sobre la necesidad del desarrollo de la industria turística. Símbolo de la decisión de abandonar plenamente esta rama económica de la región, y no solamente de la región, fueron los esquele-

tos de los hoteles modernos que se quedaron en el Malecón sin terminar la construcción hasta la segunda mitad de los años setenta. Las “hijas de Fidel”, las prostitutas, obtuvieron la posibilidad de un empleo digno, según el vocabulario de los representantes del régimen, y la política del gobierno en este ámbito formaba parte del esfuerzo por mejorar la posición de las mujeres en la sociedad hasta alcanzar el estado de igualdad de ambos sexos. El “código familiar” de la mitad de los años setenta garantizó para los dos sexos las mismas oportunidades laborales y en el año siguiente fue constituido el Grupo Nacional de Trabajo de Educación Sexual (GNTES), transformado más tarde en el Centro Nacional de Educación Sexual (CENESEX).

En ambas instituciones trabajó y ocupó altos cargos, incluso el de directora, la autora del libro *¿Machismo? No, gracias. Cuba: sexualidad en la revolución*⁵, que corrige sustancialmente la imagen presentada en las estadísticas oficiales que demuestran los extraordinarios logros en la política de la igualdad de los sexos de la Revolución Cubana. Según estas estadísticas, a mediados de los años noventa casi un 60% de los egresados de las universidades eran mujeres, casi la mitad de los médicos cubanos eran mujeres, etc. Monika Krause-Fuchs, socióloga de procedencia alemana, casada en Cuba a principios de los sesenta, llegó a la isla desde un ambiente cultural diferente, compartiendo, sin embargo, las esperanzas de una parte de los intelectuales europeos en la fuerza de la Revolución Cubana. El poeta y traductor checo Lumír Čivrný –quien tradujo en 1938 las obras de autores de la República española, durante la ocupación nazi de Checoslovaquia participó en las actividades antifascistas como miembro del Comité Central del Partido Comunista y después de la guerra, además de traducir la poesía de García Lorca y Nicolás Guillén, desempeñó altos cargos en los Ministerios de Educación, Información y Cultura checoslovacos– visitó Cuba en 1961. En su libro de impresiones *Isla de la libertad joven*⁶ subrayó que había descubierto en la isla, de nuevo, el contenido real de la palabra revolución. Después de describir entusiasmado la atmósfera de las discusiones sobre el futuro del país y las actividades de todas las capas de la sociedad, terminó su libro de viajero con la palabra oída repetidamente en la isla: “Venceremos”.

Krause-Fuchs escribió en el prólogo de su obra, que es una combinación de memorias personales, de historias de cubanas con las que la especialista alemana se encontró durante sus actividades políticas y profesionales y de enfoque analítico de procesos sociales: “Cuando a comienzos de 1962 llegué a Cuba, la Isla y sus habitantes se encontraban en una atmósfera entusiasta de renovación. La autoconciencia recién recobrada se observaba en todo el país, un despertar del letargo, una rebeldía”.⁷ El primer choque se lo llevó la joven alemana en una fiesta en la que participó junto con su esposo cubano. Los hombres discutieron en el comedor sobre los problemas de la Revolución mientras que las mujeres se dedicaban en la cocina a los problemas de sus hijos, esposos y matrimonios. Y después siguieron otras confrontaciones de las declaraciones oficiales con la realidad cubana en cuanto a la posición de la mujer no sólo en la sociedad –en esta esfera fue el Estado el que controló el cumplimiento, al menos parcial, de las decisiones del

⁵ Monika Krause-Fuchs: *¿Machismo? No, gracias. Cuba: sexualidad en la revolución*. Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea 2007; traducción alemana: Monika Krause-Fuchs: *Machismo ist noch lange nicht tot. Kuba: Sexualität im Umbruch*. Halle: Projekte-Verlag Cornelius GmbH 2008.

⁶ Lumír Čivrný: *Ostrov mládě svobody* (Isla de la libertad joven). Praha: Československý spisovatel 1961.

⁷ Monika Krause-Fuchs, ob. cit., p. 11.

poder legislativo y ejecutivo— sino también en el ámbito de las familias o de la opinión pública. Krause-Fuchs fue testigo de las tragedias de jóvenes embarazadas de las escuelas en el campo, obligadas a dejar la escuela, abandonadas sin ayuda y condenadas por sus familias y la sociedad. Al registrar estos casos, Krause-Fuchs y sus colaboradores llegaron a la conclusión de que “entre los adultos, en las familias, se estaban perpetuando las actitudes y convicciones de los derechos exclusivos de los hombres, al mismo tiempo que las mujeres no sabían hacer uso de sus derechos. Derechos que existían en el papel, pero que no habían entrado en la conciencia de las mujeres; es más, las mujeres ni siquiera habían comprendido su discriminación.”⁸

El Período Especial después del derrumbe de la Unión Soviética y la descomposición del grupo de sus vasallos empeoraron la situación económica y social en la isla, lo que tuvo sus consecuencias para la posición de los grupos “no favorecidos” de la población cubana. Lo hace constar, entre otros, Maricela Fleites-Lear en su estudio *Women, family, and the Cuban Revolution* (Horowitz, Suchlicki [eds.]: *Cuban Communism*, pp. 276-302). La autora ligó este empeoramiento de la población femenina cubana en los noventa al renacimiento de la prostitución en la isla. No hay ninguna duda de que los problemas económicos del Período Especial influyeron en el aumento de la prostitución. Sin embargo, es un hecho indiscutible que la victoria del régimen castrista en esta área a principios de los sesenta no tuvo una larga duración. En la segunda mitad de los setenta, con el comienzo de la lenta recuperación de la industria turística cubana apareció de nuevo el problema de la prostitución en La Habana y otros centros turísticos (Varadero, etc.), y una década más tarde ya se juntaban los grupos de prostitución de ambos sexos en las cercanías de los hoteles internacionales.

A principios de los años noventa, la prostitución adquirió una nueva dimensión en forma de jineterismo. Maricela Fleites-Lear caracteriza a la jinetera como una nueva prostituta cubana, educada, empleada en una empresa estatal, que vive con su familia, lejos de la imagen de la prostituta de los tiempos prerrevolucionarios, iletrada y apátrida, que vivía en el barrio de los prostíbulos habaneros. A mediados de los noventa, el jineterismo alcanzó un nivel más alarmante que en los años anteriores. En ese período, las autoridades condenaban el jineterismo desde la posición moral e ideológica, pero en verano de 1995 empezaron a practicar una política nueva, prohibiendo a las jineteras acompañar a los extranjeros a los hoteles y persiguiéndolas en las calles bajo amenaza de prisión. Sin embargo, ni las campañas educativas ni la persecución cambiaron nada con respecto a la existencia de la nueva prostitución que representa un serio problema político. Las prostitutas con su sueldo en dólares tienen acceso a la mercancía no alcanzable para los empleados que cobran en pesos, lo que causa, sin duda, una desmoralización de la sociedad cubana y el cambio de valores, cuando aumenta la importancia de los bienes materiales y disminuye el peso de las ideas revolucionarias; este hecho lo registran y comentan con creciente inquietud las supremas autoridades de la Revolución Cubana.

Un efecto destructivo en la moral revolucionaria no lo producen solamente los dólares de la prostitución. Los mismos resultados tiene la moneda extranjera, sobre todo la estadounidense, rechazada durante las décadas de la existencia del castrismo por la propaganda oficial cubana como símbolo del imperialismo yanqui y extirpada de la economía legal

⁸ *Ibíd.*, pp. 259 s.

isleña por la legislatura. Durante el Período Especial, las autoridades no legalizaron solamente la posesión y circulación de moneda extranjera, incluyendo los dólares americanos, sino que abrieron también tiendas que venden la mercancía en divisas. A diferencia del estado anterior cuando fueron exclusivamente los extranjeros los que tenían el acceso a las diplotiendas y tiendas en los hoteles, estas tiendas están abiertas para el público, sin embargo, sólo para el público que dispone de otra moneda que la nacional. Este dinero no procede únicamente de la prostitución o de las remesas, sino también de las empresas mixtas o de la industria turística, donde los empleados reciben una parte del sueldo en moneda nacional y otra parte en pesos convertibles, o directamente en moneda extranjera. La desigualdad, causada por el fenómeno del sueldo en moneda doble que es política oficial del Estado, tiene consecuencias serias no sólo en la moral de la población. Una parte de especialistas que son capaces de comunicarse en lenguas extranjeras, es decir, los intelectuales —maestros, académicos, técnicos, etc.— abandonaron durante el Período Especial sus profesiones para trabajar en la industria turística o en posiciones de mano de obra no calificada en empresas extranjeras, señalando así el camino a los egresados jóvenes de las universidades que buscan un empleo directamente en estas áreas de la economía.

En lo que se refiere a la posición de las mujeres en la sociedad cubana, la situación hacía recordar la de la población de procedencia africana en Cuba. También en este caso los protagonistas de la Revolución y la administración revolucionaria subrayaban ya en los sesenta la liquidación del racismo y de la desigualdad basada en el color de la piel después de 1959. En realidad, la política de la liquidación de la pobreza en la isla del gobierno revolucionario a principios de los sesenta fue ventajosa para la población de color de cuyas filas procedió el alto porcentaje de los más pobres en Cuba. “La mayoría de los negros y mulatos se beneficiaron materialmente de la redistribución nacional de los ingresos y recursos llevada a cabo por la revolución. Quizá igualmente importante, por primera vez ellos estaban, junto con otros grupos sociales subordinados, en el centro mismo de la atención gubernamental y recibieron la oportunidad de participar en áreas que habían sido cerradas a ellos”.⁹

La liquidación de las barreras que prohibían a las capas bajas acudir a playas, a eventos sociales, o a escuelas, etc., tuvo su repercusión en el alto grado de identificación de los afrocubanos con la Revolución, lo que confirmaron diferentes encuestas de este período. El régimen aprovechaba a los representantes de la cultura como Nicolás Guillén, así como a los deportistas exitosos, para su argumentación hasta principios de los años noventa, a pesar de que ya en los sesenta aparecieron algunos radicales que consideraban las actividades de las autoridades revolucionarias en el ámbito de la lucha contra el pasado racista del país poco consecuentes y efectivas. Lo hacían en el marco de la discusión sobre la problemática de la existencia de la nación cubana, la cultura nacional y la misión de la nación cubana en un contexto más amplio. Estas discusiones aparecen siempre en momentos de cambio en las historias de sociedades en el mundo entero, y la sociedad cubana en los sesenta no representó ninguna excepción.¹⁰ Tampoco la discusión sobre el carácter de la cultura cubana o la influencia de la cultura de la población de

⁹ Alejandro de la Fuente: *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba, 1900-2000*. Madrid: Editorial Colibri 2000, p. 379.

¹⁰ Comp. en este contexto la publicación de los textos de Sergio Aguirre o, más tarde, los de Jorge Ibarra, así como el debate de Tadeusz Lepkowski con los historiadores cubanos.

color en la forma de esta cultura fue en los años sesenta, en este caso en las dimensiones isleñas, algo excepcional. Este debate duró prácticamente desde la publicación de las opiniones de José Martí o en forma de la presentación de los temores por parte de los representantes de la cultura criolla ante su “contaminación” por la “cultura bárbara africana” desde los años treinta del siglo XIX.¹¹ No obstante, las opiniones radicales de Walterio Carbonell sobrepasaron los límites de la discusión sobre la cultura y se convirtieron en una crítica de la política poco radical de la Revolución en la esfera de la liquidación de la herencia esclavista y racial en el concepto de la nación cubana. Carbonell pidió el derrumbe de los “dioses de barro” del panteón nacional y la formulación de un nuevo concepto de nación. “Dioses de barro sobreviven (*sic*) como una realidad en la conciencia de nuestro pueblo revolucionario. Figuras oscuras, esclavistas de la peor especie, como Arango y Parreño; esclavistas atormentados como José Antonio Saco y Luz Caballero, enemigos de las revoluciones y de la convivencia democrática, han sido elevados a la categoría de dioses nacionales por los historiadores, profesores y políticos burgueses. La Revolución no puede tener por dioses nacionales a estos hombres, los mismos hombres que fueron elevados por la burguesía a la categoría de dioses nacionales”¹²

Estas voces no desaparecieron durante las décadas siguientes, más bien fueron fortalecidas por el movimiento de los afroamericanos en los Estados Unidos y semejantes corrientes en el espacio caribeño que tenían sus raíces ya en tiempos de entreguerras. En los años cincuenta y sesenta subió, sin embargo, su importancia y creció el número de simpatizantes. De todos modos, la reacción de las autoridades fue moderada, y la política oficial en la cuestión de la cultura nacional siguió las huellas de los intelectuales de la primera mitad del siglo XX. El concepto oficial de la cultura cubana salió de la existencia de dos raíces de la cultura nacional que tenía su importancia no solamente en el contexto cultural sino también el político.

La política del régimen castrista en cuanto al rechazo del racismo tuvo también su dimensión internacional. La identificación de la Cuba revolucionaria con sus raíces africanas señaló la participación del régimen de Castro en los acontecimientos de África en las décadas siguientes, tanto por medio del apoyo político a los movimientos anticoloniales y antisegregacionistas en el África subsahariana, como en las operaciones de tropas cubanas en diferentes partes del continente. Castro utilizaba el problema del racismo también en su crítica de los Estados Unidos, lo que tuvo, sin embargo, consecuencias inesperadas. Los portavoces del movimiento radical afrocubano estadounidense, perseguidos por las autoridades de su país buscaron refugio en Cuba, difundiendo en la isla sus ideas. En ese momento terminó el apoyo por parte del régimen, que observaba con sospecha las simpatías de una parte de la gente joven cubana de color hacia el movimiento rastafari. No obstante, en Cuba no se manifestó hasta principios de los noventa el racismo visible; naturalmente fue imposible descubrirlo en el ámbito oficial, pero tampoco fue patente en otros niveles.

¹¹ Comp. en este sentido, ante todo, las opiniones de Félix Tanco, Domingo del Monte o José Antonio Saco.

¹² Walterio Carbonell: “Cómo surgió la cultura nacional”, en: *La Jiribilla. Revista de la cultura cubana* VI, 17 al 23 de mayo de 2008. Acerca de la política oficial de Cuba, en lo que toca a “lo africano” en la cultura cubana, véase Christine Ayorinde: *Afro-cuban religiosity, revolution, and national identity*. Gainesville, University Press of Florida 2004.

La situación cambió con las dificultades económicas y sociales relacionadas con el Período Especial. Alejandro de la Fuente escribió sobre “el empeoramiento dramático” y sobre la sorprendente frecuencia y virulencia de los comentarios racistas por parte de muchos blancos acerca de los negros y mulatos cubanos (De la Fuente, “Race, Culture, and Politics”, en: *Looking Forward*, 2007, p. 141). El mismo autor destacó que, en los años noventa, muy poca gente de color había encontrado empleo en la industria turística. Explicó este fenómeno gracias a una realidad bien conocida: los empleados en esta rama económica tenían, y siguen teniendo, acceso a dólares y, de este modo, a una posición privilegiada en la sociedad. Los afrocubanos, privados de tal manera de la oportunidad de participar en las ventajas de los empleados de esta rama de la economía, lo consideran como una discriminación, lo que disminuye la credibilidad de las autoridades y de la propaganda oficial que mantienen la afirmación de los principios de los sesenta: la Cuba revolucionaria exterminó el racismo en todas las esferas de la vida nacional.

La corrosión de la moral revolucionaria palpable en los noventa, afectó tanto a los cubanos de procedencia africana como a amplias capas de población. A pesar de que muchos historiadores y analistas económicos, políticos, etc. unen la crisis del régimen castro en Cuba con los problemas económicos y sociales del Período Especial, existe un acontecimiento que ocurrió antes del período mencionado y tuvo, sin duda, una gran importancia para la moral de la sociedad. Fue el caso de Arnaldo Ochoa, uno de los héroes cubanos y símbolo de los éxitos de la Revolución en la isla y sus logros internacionales, el jovencito guerrillero de Sierra Maestra, el general capaz de las Fuerzas Armadas, uno de los consejeros de los sandinistas en Nicaragua que salieron victoriosos de la lucha contra el régimen somozista. Y, ante todo, el comandante de las tropas cubanas en Angola. Capaz de resistir al ejército de la Unión Africana y cambiar de esta manera la situación en toda la región. El comandante de las tropas en la parte más importante para la defensa de Cuba y, de un día para otro, el criminal detenido con un grupo de sus colaboradores por corrupción y robo. El proceso público desveló la vida lujosa e inmoral de los miembros del grupo, sentenciados a penas de cárcel y a penas capitales. El representante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, con una autoridad enorme no solamente en los círculos oficiales cubanos sino también en amplias capas de la población isleña, fue ejecutado unas horas después de oír la sentencia sin haber tenido la oportunidad de registrar el eco del proceso y de las sentencias en la sociedad cubana.

Brian Latell, un ex analista de la CIA y después investigador académico, dedicó un capítulo de su biografía psicológica de los hermanos Castro a la problemática del caso Ochoa, considerando a este general el amigo más íntimo de Raúl Castro, quien compartió con él treinta años de formación de las Fuerzas Armadas de Cuba. Ni los largos lazos entre las familias –la primera esposa de Ochoa fue amiga de la esposa de Raúl– salvaron la vida del general, quien fue fusilado en la madrugada del 13 de julio de 1989. Latell considera la ejecución de Ochoa como resultado de las relaciones cada vez peores entre Fidel Castro y el general, e indica que todo el caso fue una construcción de Fidel, comparándolo con el golpe de Stalin contra los generales soviéticos en la segunda mitad de los años treinta. Sin atribuir a Ochoa la ambición de preparar una rebelión militar u organizar un grupo de disidentes, Latell lo tiene por partidario de las reformas y de la apertura del sistema. En la formulación de sus conclusiones en el caso Ochoa, así como en las conclusiones de todo el libro, Latell usa los métodos de informes de los servicios de inteligencia, combinando materiales de los espías con la información de fuentes abiertas, los testimo-

nios de las personas cercanas a sus objetos de interés, las declaraciones de altos funcionarios del régimen castrista que abandonaron la isla buscando asilo en los Estados Unidos. Además, Latell subraya la importancia de los acontecimientos de julio de 1989 para el fortalecimiento de la posición de Raúl en el sistema, especialmente, en el contexto de la rivalidad entre dos ministerios poderosos, el MINFAR y el MININT. La llegada del aliado de Raúl Castro, el general Abelardo Colome Ibarra, al MININT convirtió ese centro de información, de poder e influencia en una dependencia del MINFAR, es decir, de la institución dominada por Raúl. Pasaron, sin embargo, muchos años hasta que el hermano menor saliera de la sombra del comandante, alcanzando los cargos más altos del Estado.

Ya siendo interino oficial de Fidel Castro durante su enfermedad, por no hablar sobre la toma de la Presidencia del país, se abrió una nueva etapa de debate sobre el futuro de Cuba, ligado naturalmente a las meditaciones sobre los éxitos y fracasos de la Revolución Cubana. Desde los primeros años del régimen castrista aparecían voces que profetizaban su fin para dentro de pocos meses y, sobre todo, después del derrumbe del imperio soviético, hasta los autores serios arriesgaron su fama y presentaron sus estimaciones sobre el lapso de tiempo que le quedaba a Fidel Castro, mientras que él seguía siendo el símbolo de la Revolución y estaba al frente del Estado. El Período Especial en Tiempo de Paz no terminó, a pesar de las predicciones de renombradas autoridades acerca de la caída del régimen de Castro. Castro sobrevivió hasta el año 1993 cuando la crisis fue más profunda. En 1993 el producto bruto interno cayó en un 35%, en comparación con el año 1989. Tomando en cuenta la caída de la producción de los artículos más importantes para la economía cubana, la situación fue más seria en los pescados y mariscos, cuando la bajada representó un 63%, en el caso del níquel fue de un 36%, y en el azúcar, el símbolo de la economía cubana durante dos siglos, casi la mitad, puntualmente el 4%. La tasa de inflación aumentó dramáticamente de un 0,5% hasta el 26%. Los cambios en la orientación del comercio exterior tuvieron su repercusión en la caída de la exportación e importación. “El valor de las exportaciones disminuyó en un 80% y el de las importaciones en un 75%, lo cual provocó una aguda escasez de alimentos, combustible, manufacturas y consumo de todo tipo”.¹³

Carmelo Mesa-Lago, autoridad indiscutible en la problemática de la economía y política social de la Cuba castrista, registró en este campo únicamente tres efectos positivos: “un aumento de la producción de petróleo y del ingreso de divisas por turismo internacional y una disminución del déficit en la balanza comercial”.¹⁴ La crisis tuvo sus consecuencias para el nivel de vida de amplias capas de la sociedad. Los apagones, los cortes en el suministro de la energía eléctrica se prolongaban de tal manera que aumentó el uso de la palabra “alumbrones” para los momentos del acceso a la electricidad. El racionamiento en el abastecimiento, introducido por el régimen ya en los sesenta por medio de “las libretas”, se extendió a otros productos, y las cuotas bajaron en algunos casos hasta la mitad, lo que tuvo su repercusión en el mercado negro, en el que los precios subieron sustancialmente, alcanzando un nivel fuera de las posibilidades de gran parte de la población. El lamentable estado de la economía influyó naturalmente en el comportamiento, el pensa-

¹³ Carmelo Mesa-Lago en Consuelo Naranjo Orovio (coord.): *Historia de Cuba*. Madrid: CSIC 2009, p. 552.

¹⁴ *Ibíd.*

miento y la moral de amplias capas, sobre todo, en las ciudades. En las empresas que no pararon su producción, los robos de los productos por los empleados se convirtieron en un problema serio, aumentó el absentismo y cayó la productividad del trabajo. La desilusión por la caída del nivel de vida no tuvo, sin embargo, solamente esta forma.

A mediados de 1994 aparecieron dos formas más. Miles de habaneros manifestaron en las calles de la capital su descontento y miles de cubanos construyeron en las costas isleñas embarcaciones primitivas para salir de la isla y alcanzar Florida. Los balseros representaron la última oleada de los fugitivos de la Cuba revolucionaria. No fue la primera vez que las autoridades cubanas permitieron a los ciudadanos, descontentos con las condiciones políticas o económicas, abandonar Cuba. Esta política, a pesar de que confirmó la existencia de una parte de la población que rechazaba por diferentes razones el régimen castrista, contribuyó sin duda a la estabilidad del poder de Fidel Castro. Las salidas controladas de grandes grupos de individuos canalizaban el descontento en la sociedad. Los más desilusionados, la mayoría de ellos por la situación económica de Cuba, salían antes de que su desilusión desembocara en el rechazo de todo el sistema y los convirtiera en críticos del régimen en su totalidad y partidarios del disenso cubano político. Ésta es, probablemente, la razón del pobre eco de los grupos e individuos que representaban a los críticos políticos del sistema construido en Cuba desde hace cincuenta años y caracterizado por el rechazo de los valores de la civilización euroamericana, de la democracia, del respeto a los derechos del individuo y del mercado libre.

La situación económica de Cuba se recuperó parcialmente a fines de siglo y a principios del nuevo milenio, sobre todo gracias a la ayuda de Venezuela. Las entregas de petróleo barato venezolano compensaron las pérdidas causadas por el descenso de las relaciones económicas entre Rusia y Cuba después de la descomposición de la Unión Soviética. El crecimiento del turismo que se convirtió en la rama más importante de la economía isleña compensó las pérdidas de la industria azucarera. A pesar de todas las dificultades económicas, sociales, morales, etc., el régimen castrista no renunció a la ambición de presentarse como vindicador no solamente de los intereses nacionales sino globales. En los últimos años descubrió un tema que cumple, a pesar de ciertos riesgos, con todas las exigencias. La protección del medio ambiente atrae gran atención en el mundo entero, ofrece la oportunidad de criticar el “carácter de rapiña” del capitalismo, para usar el vocabulario de los críticos del capitalismo, brinda al Estado extraordinarias posibilidades de dominar la sociedad en todas las esferas, la económica, cultural, social, etc. El sistema autoritario ofrece por otro lado buenas condiciones para imponer cambios, lo que demuestra el reemplazo de las bombillas clásicas por un nuevo tipo más económico y ahorrador con respecto al medio ambiente. En Cuba realizaron este cambio como uno de los primeros Estados en el mundo por decisión del gobierno, presentando este hecho como un ejemplo de protección del medio ambiente en la política práctica. Sin tener en cuenta las discusiones sobre los problemas que puede causar esta iluminación moderna precisamente para el medio ambiente, el gobierno realizó el proyecto que significa también la demostración del hecho conocido. La decisión errónea, en el sistema autoritario puede llevar a pérdidas mayores que las decisiones de gobierno en sistemas democráticos.

El 31 de julio de 2006 las agencias mundiales trajeron como la noticia más importante la información de las autoridades cubanas sobre la enfermedad seria de Fidel Castro. El cambio formal en la cúpula de poder en Cuba en febrero de 2008 no significó, sin embargo, ningún cambio real en la política doméstica. El sucesor del comandante, Raúl Castro,

no cumplió con las esperanzas de los críticos del régimen en Cuba y en el mundo y sigue en la política de su hermano mayor. Teniendo la oportunidad de entrar en la historia de la isla como el reformador y político que abrió la puerta para los cambios, optó por otra posibilidad: mantener el sistema que demuestra, desde el principio de su existencia, la incompetencia en la esfera económica, lo que confirmó de nuevo en mayo de 2009. Mencionando la crisis internacional, el diario *Granma*, la descarga oficial del Partido Comunista, anunció las “restricciones en el consumo” e informó sobre bajas en los ingresos de todas las ramas importantes de la economía, turismo y remesas inclusive. Las palabras “ahorro o muerte”, publicadas en *Granma*, hicieron recordar el famoso lema de Fidel Castro de la sierra, utilizado más tarde como lema de la Revolución: “Patria o muerte”.

La nueva crisis suscitó naturalmente nuevas reflexiones sobre las perspectivas del régimen castrista. Sin subestimar las opiniones de los renombrados especialistas que formularon diferentes escenarios del desarrollo de Cuba en los próximos meses, años o hasta décadas y sin sobreestimar las conclusiones del libro de Latell, una atención especial merece su conclusión. Las esperanzas de “los de Washington” y del exilio cubano en los Estados Unidos no se cumplieron. La entrega del poder de las manos de Fidel Castro a Raúl (a pesar de que esta entrega no fue, según la opinión del autor de estas líneas, plena e incondicional) no significó el colapso del régimen. Raúl demostró su efectividad, y parece que la Revolución está más institucionalizada de lo que el mundo supuso.

Bibliografía

- Cluster, Dirk/Hernández, Rafael: *The History of Havana*. Basingstoke: Palgrave 2008. 300 páginas.
- Drekonja-Kornat, Gerhard (ed.): *Havanna. Vergangenheit-Gegenwart-Zukunft*. Wien: LIT 2007. 172 páginas.
- Gay-Sylvestre, Dominique (coord.): *La revolución cubana. Miradas cruzadas (1959-2006)*. Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea 2007. 630 páginas.
- Horowitz, Irving Louis/Suchlicki, Jaime (eds.): *Cuban Communism 1959-2003*. 11th edition. New Brunswick: Transaction Publishers 2003. 735 páginas.
- Krause-Fuchs, Monika: *Machismo ist noch lange nicht tot! Kuba: Sexualität im Umbruch*. Halle: Projekte Verlag Cornelius GmbH 2008. 239 páginas.
- Latell, Brian: *After Fidel. Raul Castro and the Future of Cuba's Revolution*. Basingstoke: Palgrave 2007. 289 páginas.
- Montaner, Carlos Alberto: *Fidel Castro and the Cuban Revolution. Age, Position, Character, Destiny, Personality and Ambition*. New Brunswick: Transaction Publishers 2008. 214 páginas.
- Pérez-Stable, Marifeli (ed.): *Looking forward. Comparative perspectives on Cuba's transition*. Notre Dame: University of Notre Dame Press 2007. 332 páginas.
- Schoultz, Lars: *That Infernal Little Cuban Republic. The United States and the Cuban Revolution*. Chapel Hill: University of North Carolina Press 2009. 752 páginas.
- Schweid, Richard: *Che's Chevrolet, Fidel's Oldsmobile. On the Road in Cuba*. Chapel Hill: University of North Carolina Press 2009. 256 páginas.
- Valle, Amir: *Habana Babilonia. Prostitution in Kuba. Zeugnisse*. Köln: Edition Köln 2008. 340 páginas.
- Wulffen, Bernd: *Kuba im Umbruch. Von Fidel zu Raúl Castro*. Berlin: Ch. Links Verlag 2008. 271 páginas.